RELACION

SACADA DE LA COMEDIA

EL MARISCAL DE VIRON.

DE DAMA.



Al espectáculo grande
del mayor teatro, en cuya
tragedia representaba
sus mudanzas la fortuna,
manchado de sangre el sol,
cubierta de horror la luna,
vestido el dia de asombros,
llena la noche de dudas,
ciego el ayre, sordo el viento,
y en su variedad confusa
dividido el vulgo en olas,
partida en votos la turba,
á ser lástima y exemplo
de las privanzas, que duran
lo que la vida en la rosa,
lo que en la flor la hermosura,
llegó el Duque al cadahalso,
trono infame de sus culpas,
cuya máquina sublíme
negros ropages enlutan.
Era el funesto aparato
geroglífico ó figura
de la noche y de la muerte,
tan expreso en cada una
por el color y la forma,
que sin que allí se confundan
dos imágenes, á un tiempo
parece nublado y urna,
por qualquiera parte noche,
por qualquiera parte tumba.
Dudaba Francia el suceso,
no porque ignoró la injuria,

ni porque llegó á dudar
la pena como la culpa,
sino porque siendo el Duque
dueño de la gracia tuya,
dudó que hubiese en el mundo
quien sus delitos descubra,
que las faltas de un valido
qualquiera las disimula.
Entró el Duque por la plaza:
quién duda, señor, quién duda
que esta fué su mayor pena
y su mayor desventura? (do
Pues por donde entró triunfan-
de tantas banderas Turcas,
entre ahora despojado
de aquellas armas augustas,
que no se muda el lugar,
aunque las dichas se mudan.
No aguardaban su persona
esta vez, como otras muchas,
de sus mejores soldados
tantas militares puntas,
ántes llevando su vida
en mas peligro que nunca,
iba allí con ménos guardas
su persona mas segura.
Apénas de que llegaba
dieron noticia confusa
lenguas de metal, entónces
retóricamente mudas,
quando le señalan todos,
y de repente se escuchan,
pidiendo atencion al ayre,
todas las voces en una.
Descolorido el semblante,
las mexillas mal enjutas,
desaliñado el cabello,
la barba sin compostura,
libre la mano derecha,
con que compone y ajusta
el capúz sobre los hombros,
y con afecto y ternura,
un Crucifixo en la otra,
cuya devota escultura,
quanto enternece los ojos,
los cabellos espeluza,
al cadahalzo llegó el Duque:
aquí la lengua se turba,
aquí la voz se entorpece,
aquí la vista se angustia,
aquí el corazon se pasma,
aquí la pena se ofusca,
aquí el dolor se reprime,
aquí el aliento se anuda,
aquí los brazos se extienden,
aquí las manos se cruzan,
y aquí finalmente todo
el cuerpo se descoyunta,
todo lo padece el alma,
todo el amor lo disculpa.
Junto al teatro se apea,
y sube, sin mas ayuda
que su valor, tan constante,
que dos veces se le arruga
el capúz entre los pies,
para estorbarle que suba:
y él con despejo bizarro
le acomoda, y se disgusta
de que le estorbe el camino,
porque ninguno presuma,
que para llegar mas tarde
era diligencia suya.

En llegando á lo mas alto
del sitio que él solo ocupa,
mirando á una y otra parte
con atencion y mesura,
á Francia vió de dos veces,
y Francia le vió de una.
Allí se dexó mirar
de toda la plebe junta,
sin excusas ni porteros,
y pagó solo con una
quantas visitas debia,
que en un privado son muchas.
Dispuesta una silla estaba,
en lugar de blanda pluma,
para lecho de su muerte,
para estrado de su injuria:
sentóse, y sentóse bien
de otra vez, donde le ayudan
con cristianas diligencias
dos Religiosos, columnas
de la Fé, cuyas palabras
le ofrecen y le aseguran
en su sangre su remedio,
y en su infamia su disculpa.
Por última diligencia
le intiman y le pronuncian
la sentencia de su muerte,
que vivo y atento escucha.
Ah pension de los mortales!
que la mayor desventura
de los hombres, sea ignorar
la hora postrera suya!
Y que llegue á ser la muerte
de un delincuente tan dura,
que el saber que muere entónces,
sea su mayor angustia!
Llegó á vendarle los ojos
con mano aleve é impura
el verdugo, pretendiendo
con infames ligaduras
atar su cuerpo á la silla,
y él, con impaciencia alguna,
que en pie le dexe morir
pide al verdugo, y le jura
por su Rey y por su sangre
de no resistirse nunca,
aunque vea la cuchilla
sobre su cuello desnuda,
como el que se vé sangrar,
que él mismo el brazo se alumbra,
y aunque la vena le rompen
no se resiste á la punta.
No fué accion desesperada,
aunque alguno lo murmura
en Francia, ántes me parece
que fué una obediencia justa
ó para hacer voluntaria
la pena quando la sufra,
ó para dar á entender,
que aun allí el valor le dura,
y que así no ha menester
ignorar lo que no excusa.
En efecto, hecha la seña,
el verdugo que la escucha,
levanta el brazo, y del golpe
fué la presteza tan mucha,
que aun no pudo comprehenderla
el mismo que lo executa.
Saltó la cabeza en tierra,

huyendo del que la injuria,
que solo en huir entónces
no pareció que era suya;
pero como no podia
vengarse ya por difunta,
andando por el tablado,
parece que iba, aunque muda,
pidiendo á todos venganza
de aquella mano perjura.
El cuerpo, (raro prodigio!)
quedó en su propia estatura,
sin caer en grande rato,
ni mostrar flaqueza alguna,
ó porque no lo creyó
la muerte que lo procura,
ó porque el cuerpo valiente,
miéntras el alma fluctua,
quiso vivir por su cuenta
aquello poco que dura.
En fin, á vista del pueblo,
que le llora, aunque le acusa,
entre lágrimas y penas
quedó aquella flor caduca,
aquella vida sin alma,
aquel campo sin figura,
aquella estrella sin rayos,
aquel sol sin hermosura,
aquella nave sin velas,
aquella águila sin plumas,
aquel valeroso brazo
sin fuerza en las coyunturas,
y con una muerte sola
satisfechas muchas culpas,
vengados muchos agravios,
vuestra persona segura, *Llora.*
Francia triste, el mundo absorto,
muerto el Duque, yo difunta.

FIN.

Con Licencia: Sevilla. Imprenta de D. Bartolomé Manuel Caro y Hernandez; donde se hallará un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Unipersonales, y Saynetes.